



DOÑA VIOLANTE DE SEGOVIA.

Curioso y verdadero romance, en que se refiere el origen de una hermosa dama, llamada Doña Violante, la cual siendo casada se enamoró de un mancebo, à quien dió entrada en su casa, haciendole adulterio à su marido; por cuya ocasion dió muerte alevosa el galan à un amigo suyo, y del modo que se supo este caso, siendo preso el matador, y ella tuvo que retirarse à un convento, hasta que ordenó el cielo su infeliz muerte.

PRIMERA PARTE.

La fama en ecos acordes,
 interrumpiendo el silencio,
 con velocidad en sí misma,
 lieve por el universo
 la noticia, porque pueda
 servirle à muchos de egeplo
 este caso lastimoso,
 y suceso verdadero,
 que en la ciudad de Ségovia,
 en quien el dorado febo,

como en un espejo claro,
 ve de su ser lo perfecto:
 En esta ciudad ilustre
 sucedió un caso estupendo,
 digno de eterna memoria
 à los siglos venideros;
 y fue que una hermosa niña,
 vivo retrato de Venus,
 y un tierno infante su hermano,
 de nobles padres nacieron;



criaronse con regalo,
y aunque sus nombres pretendo
referir, será de suerte,
que se da de al conocerlos,
porque tengo el apellido
de callarlo, que no quiero
aumentarle à sus parientes
con la afrenta el sentimiento.
Asi que tuvo tres lustros,
poco mas ò poco menos,
aquesta niña, sus padres
en estado la pusieron,
casandola con un mozo
noble, galan y discreto.
Vivió alegre quatro años
con su esposo; y el sobervio
lucifer, por deshacer
de esta union el lazo estrecho,
hizo que Doña Violante
admitiese el galanteo
de un Don Francisco, que fue
causa de su fin sangriento.
Y llegó à obrar en los dos
con tanta violencia el fuego
del amor, que si no fuera
incendio que arde encubierto,
no dudo se hubiera visto
Troya abreviada en dos pechos,
que asi me lo da à entender
los procedidos efectos,
que en los dos ocasionó
aquel dragon del infierno.
Hablavanse con la pluma,
entendiendose leyendo,
y porque Don Juan solia
en conversacion ò juego,
divertirse à prima noche
fuera de casa, queriendo
su ingrata esposa lograr
con su amante sus deseos,
le dió aviso, y citó hora
para conseguir su intento.
Y por temer Don Francisco
no venga à su casa, y dentro
lo halle Don Juan, à un amigo
(tambien como él mancebo)
para que le hiciese espaldas.

le descubrió este secreto.
Fueron juntos, y logróse
el lance, y no fue el postrero;
y viendo tanta hermosura
en la dama el compañero
de Don Francisco, procura
alcanzarla, y para ello
le escribió algunos papeles
muy cariñosos y tiernos;
que cualquiera muger da
al que lo sabe de cierto,
con su liviandad, ocasion
à que tenga atrevimiento.
No le respondió à ninguno
de cuantos le escribió, y viendo
el pretensor que no hace
de su amor ningun aprecio,
procuró con mas instancias
el lograr el vencimiento.
Y viendose perseguida,
y que no valen desprecios
para que este nuevo amante
dexára de ser molesto,
à Don Francisco le dijo:
sabrás, bien mio, que entiendo,
que mi marido sospecha
tiene de como le ofendo,
por haber sido tu amigo
falso, atrevido y grosero;
que me ha perseguido tanto,
que juzgo ha dado à entenderlo.
Y Don Francisco responde,
disimulando sus celos:
si quieres asegurararte
de aqueste temido riesgo,
puedes venirme conmigo,
dueño hermoso, que prometo
de llevarte à parte, donde
los dos seguros estemos.
Y luego al punto la dama
admitió el ofrecimiento,
y respondió liberal:
mañana en la noche espero
que vengas por mí, que yo
prevenida estaré, y luego
que se despidió el galan
de la dama hecho un veneno,

se fue en busca de su amigo,
y así que lo halló, encubriendo
su enojo, se llegó à él,
diciendo: à buscarte vengo,
para que vayas conmigo
esta noche, porque llevo
una música à una dama,
con quien casarme pretendo.
Acompañóe el amigo,
y en conversacion se fueron,
hasta que llegando à un sitio,
donde nadie podía verlo,
el traydor de Don Francisco
tendió la capa diciendo:
aquí habemos de aguardar
à los músicos que tengo
citados, y mientras vienen,
será bien que descansemos.
Puso para cabecera
la rodela y el sombrero,
acostóse, y persuadido
el amigo hizo lo mismo:
y cuando vido que estaba
poco menos que durmiendo,
se levantó, y à la espada,
porque se hallase indefenso,
le puso el pie, y con la suya
siete veces contra el suelo
le costió, y juzgando ya
quedaba del todo muerto,
le dejó y se fue à su casa,
cual si nada hubiera hecho.
Valgame Dios qué maldad!
qué atentado mas sangriento,
volverse contra un amigo
que le ayudaba en los riesgos!
Mas bolviendo en sí el herido,
haciendo algunos esfuerzos,
animado à las paredes,
y muchas veces cayendo,
à la una de la noche
llegó à la puerta de un dendo
suyo, à llamar; pero eran
los golpes que dió tan quedos,
que su pariente, que estaba
en aquel tiempo despierto,
siendo permission divina,

para que por este medio
se descubriese este caso,
y se castigase luego:
con la escopeta en las manos
salió à una reja, entendiendo
que eran ladrones, que estaban
abriendola; pero viendo
un vulto que se quejaba
con desmayados acentos,
ha dicho: quién está ahí?
Y él le dijo, respondiendo,
su nombre, y de tal manera
fue, que apenas se oyó el eco,
y hasta entenderlo estuvo
dudoso como suspenso.
Y así que le conoció,
bajó, y las puertas abriendo,
del suelo le alzó à los brazos,
y llevándolo à su lecho,
alborotó à los criados,
para que fuesen corriendo
à avisar à la justicia,
en el interin que él mismo
iba por un confesor.
Y en breve espacio de tiempo
dijo en su declaracion,
quien así le habia herido;
y confesadas sus culpas,
con grande arrepentimiento,
à las cuatro en punto, el alma
dió al Criador de tierra y cielo.
Y apenas el sol los montes
coronó con sus reflexos,
quando dentro de su casa
al matador lo prendieron.
Y como esta novedad
se divulgó por el pueblo,
llegó à oídos de la dama,
y ella asustada, entendiendo
que el deshonor de su esposo
estaba ya descubierta,
recelosa del peligro,
ántes que llegue à saberlo,
tomó sus cruzes, y quanto
pudo hallar de valimiento,
y tapada con su manto
sola se fue al monasterio



de Santa Clara, y en él,
por medio de los empeños,
halló luego acogimiento;
y como despues se supo
todo quanto dicho deajo,
Don Juan, su hermano y sus padres
tanto sentimiento hicieron,
que en muchos dias despues
no hubo quien pudiese verlos.
Pnes de la pena oprimidos,
los dos viejos fallecieron,
y ella dentro en la clausura
supo bien estos sucesos,
sin que ignorase de todos,
ni aun siquiera el menor de ellos,
y un papel escribió, y hubo
quien porque le dió dineros,
à la cárcel lo llevase,
y respondiendò al momento
Don Francisco, desde entonces
los dos se correspondieron,
mientras que el pleyto duró,
que segun noticias tengo,
entre el prenderlo y soltarlo,
años hubo de por medio.
Y al fin le dan por sentencia
de su delito destierro,
y antes que lo echasen fuera
de aquel dilatado encierro,
à Doña Violante embia
en un billete pequeño
à decir: sabrás por este,

dueño hermoso, que me ausento
de Segovia, y ha de ser
el salir de ella muy presto,
porque es castigo, y preciso
el callar y obedecerlo.
A vivir muriendo voy,
si acaso es que vivir puedo,
sin que tenga de tu mano,
para mi divertimiento,
las letras que tantas veces
me han servido de consuelo:
y ella le embió à decir
con desesperado arresto,
y poseida del diablo,
que era el que encendia el fuego:
si te vas, y yo me quedo
en Segovia, he de hacer
que ciña un lazo mi cuello,
porque acaben de una vez
mi vida y mi sentimiento.
Y si no quieres saber
que desesperada he muerto,
llévame contigo, y paga
el mucho amor que te tengo,
que para seguirte yo,
saldré de aqueste convento,
sin que me vea ninguna
de cuantas se encierran dentro.
Y lo que despues de aquesta
respuesta de tanto arresto
sucedio, en otro romance
lo diré, lector discreto.

F I N.



SEGUNDA PARTE.

En la cual se refiere el desgraciado fin de esta dama; pues habiendo seducido el hermano de Doña Violante con dinero al criado que le llevaba los recados al convento, por medio de D. Francisco, pudo conseguir que al sacarla del convento, escalandolo, la llevase à su casa, con el intento de vengar en ella el agravio cometido; y el castigo que se les dió, juntamente al Cura que la confesó, por esta venganza.

No dejarás de acordarte, curioso lector, que de jo el romance antecedente en aquel despedimiento del galan, y que la dama, con determinado intento, le embió à decir saldria del convento con secreto. Pues si lo demás que falta quieres saber, oye atento aquesta segunda parte, que en la primera te ofrezco. Ufano el galan bolvióle à escribir, y dispusieron, porque despues no se sepa, por los indicios lo cierto; que en una casa de campo, que está de la ciudad lejos, aguardase algunos dias, estando en ella encubierto. Y que despues el criado, que habia sido mensagero, la aguardase, y la llevára donde él aguardaba; pero no quiso de que lograsen

aqueste designio el cielo. Y así ordenó que encontrase el dicho criado (yendo al convento à ver la dama) un amigo à quien consejo pidió, y para que lo diese, le contó muy por estenso quanto tienen ordenado estos dos amantes, siendo su conversacion, à donde Don Luis los estuvo oyendo, el hermano de esta dama, el cual se fue en seguimiento del criado, y de sus dadas llegó à quedar satisfecho. Y como vió que su hermana quiere afrentarlo de nuevo, procuró luego al instante estorvarle el desacierto. Y así à Pedro se llegó, y con semblante alagueño le dice: con mi cuñado hechas amistades tengo, para que vuelva à hacer vida mi hermana con él, y quiero

que pues tú hablas con ella,
le des ayuda à mi intento.
Que si yo llego por ti
à lograr lo que pretendo,
te ofrezco dar cien ducados,
para que puedas con ellos
remediarte: y al oír
Pedro que escuchaba atento,
este ofrecimiento, dijo,
(codicioso de los ciento;)
todo cuanto de mi parte
estuvies, hacer ofrezco,
para que llegue à suír
lo que usted desea, efecto.
Y Don Luis dijo: como
lo hagas así, será cierto
lo que te he dicho, y tendrás
en mí, à fe de caballero,
un amigo que te valga
en cualquier lance de empeño.
Con esto se fue, y quedó,
Pedro con mucho contento,
por juzgar de que tenía
feliz logrado aquel premio.
Y porque en la dilacion
se aventuraba el perderlo,
procuró sacar la dama,
conforme lo había dispuesto,
por letras que había llevado
(el destreal à su dueño)
à la cárcel, cuando estaba
à los fines de estar preso.
Y para que se lograra
con presteza su deseo,
y ella pueda disfrazarse,
y en su intento ir prosiguiendo,
dentro de un cesto metió
de paño un vestido nuevo
de hombre, y para que fuese
libre de que puedan verlo,
le tapó muy bien con yerva,
y encima le fue poniendo
de aquella fruta que daba
generosamente el tiempo.
Embióle este regalo,
y un papel, en que advirtiéndole
le iba, de que estuviere
sola al irlo descubriendo,

y que no se descubriera,
è hiciera manifiesto
à alguna de sus amigas
aquel oculto secreto,
y ella embió en la respuesta
à decir la hora y puesto
en que aguarde, que saldría
aquella noche de cierto.
Y al apagarse en el mar
la antorcha del cuarto cielo,
se empezó à vestir de luto
toda la region del viento,
quitando las densas nubes
el brillante lucimiento
à aquellas que siempre son
esmalte del firmamento.
Y cuando estaba la noche
con mas quietud y silencio,
y las personas gozaban
del descanso en el sosiego
que les concede la imágen
de la muerte, que es el sueño.
Subió à un cuarto donde había
esteras y trastos viejos,
que le sirvieron de escala,
para que llegase al techo;
y de una viga unas sogas
ató fuertemente, y luego
llegó à un tabique (que sirve
de pared en un testero,
y que del tiempo arruinado,
se estaba casi cayendo)
y con un martillo grande
le tiró golpes tan racios,
que no fue menester liegue
à ejecutar el tercero,
para que sobre un texado
se cayese, y à él saliendo
Doña Violante, se fue
por las sogas escurriendo,
derribando muchas tejas,
al ir arrastrando el cuerpo,
hasta bajarse à la calle,
y apenas tocó en el suelo
con las plantas, cuando dijo
à Pedro: vámonos presto,
no sea que se alborote
el barrio con el estruendo,

y con paso acelerado
de allí se ausentaron, yendo
Pedro delante guiando,
y ella le iba siguiendo
alegre, porque juzgaba
lograr mas feliz suceso.
Y por calles escusadas
van dando muchos rodeos,
hasta llegar à la casa
de Don Juan, donde fingiendo,
entró Pedro, que allí tiene
dos cavallos, porque en ellos
pudiesen de la ciudad
salir, del peligro viendo.
Y aunque esta dama tenia
bastante conocimienio
de la casa, con la mucha
obscuridad, à perderlo
llegó; y así se fue entrando,
sirviendo de vista el tiento.
Y à tiempo que habia pasado
ya de la puerta del medio,
oyó à Don Luis, que dijo:
Pedro, mucho te agradezco
el cuidado que has tenido,
ven mañana, y nos veremos,
y llevarás ácia allá
el dinero que te debo.
Sobresaltose Violante,
y quiso salirse huyendo
dissimulada à la calle;
pero sintió que la asieron
de un brazo, y como callando
la guiaban; y enterdiendo
que era Pedro, le siguió
aunque con algun recelo.
Mas en llegando à una sala
baja, donde estaba ardiendo
una luz, reconoció
que era su peligro cierto;
porque en manos de su hermano
se halló, y vió que del asiento
su esposo se levantó,
y que su furioso ceño
daba muestras de su enojo:
y que irritado y soberbio
su hermano dijo: traydora,
tu delito al paradero

te ha traído, pues ya aqui
tus livianos pensamientos
cesarán, y la deshonra
que yo y tu esposo tenemos
por ti, con tu propia sangre
tendrá fin tambien; y oyendo
estas palabras, turbada
se ha arrodillado en el suelo,
diciendo: Hermano querido,
y esposo, y señor, ya veo
que Dios quiere de que pague
las ofensas que os he hecho.
Mas antes que de la vida
me desposeais, os ruego
me traygan un confesor,
porque las culpas que tengo
son tantas, que ha de perderse,
si muero, y no me confieso,
mi alma, y así por Cristo
à suplicároslo vuelvo.
Y aunque de la ofensa estaban
irritados, no por eso
se dieron à la venganza
de su agravio, luego luego,
que se antepuso à la ira
piadoso el cristiano celo.
Y sin repugnancia entrambos
uniformes estuvieron,
para que de lo que pide
se procure el cumplimiento.
Y para ello Don Luis
salió, y con paso ligero
à Santa Maria llegó,
y llamó al cura, diciendo,
que à su cuñado habia dado
en aquel instante mesmo
de repente un accidente,
y que se queda muriendo:
que le hiciese favor
de irlo à confesar, y el lecho
dejó, y para poder ir
à confesarlo mas presto,
por la calle iba, y se iba
acabando de ir vistiendo.
Entró en casa de Don Juan,
y halló de que era incierto
lo que Don Luis le dijo;
pero estuvo oyendo atento

de penitencia à Violante,
y así que la hubo absuelto,
entraron los ofendidos,
y sacando los Aceros
de la opresion de la vayna,
furiosamente con ellos,
dando à su yerro castigo,
en el cristal de su pecho,
para que saliese el alma,
catorce puertitas le abrieron;
siendo su hermano Don Luis
el que executó primero
el rigor, y à las heridas
las puso mas en aumento.
Y en fin, ya desposeido
de los vitales alientos
el cuerpo, piden al cura
con todo encarecimiento,
les ayudase à encubrir
el delito, concediendo
de que en la iglesia le den
sepultura; y por respetos
humanos, luego al instante
se fue al sacristan, pidiendo
las llaves, diciendo iba
à sacar los Sacramentos,
para llevarlos ocultos
dentro del pecho al enfermo.
Dióselas, y en breve rato
que les dió consentimiento,
al cadáver sepultura
en una bóveda dieron.
Y cuando al amarecer
fue el sacristan acudiendo
à su obligacion, halló
manchas de sangre en el suelo.
Al Provisor fue à dar cuenta
de esta novedad, y el clero
à la justicia seglar
embió à avisar corriendo,
y à las puertitas de la iglesia
se juntan à un mismo tiempo,
y de la bóveda sacan
de Doña Violante el cuerpo,
que en traje de hombre vestida,

quien es está desmintiendo.
En fin vieron las heridas,
y quien es reconocieron,
y por las gotas de sangre
que al llevarle fue vertiendo.
Supieron muy bien la casa
adonde estaban los reos,
y à Don Juan y Don Luis
los prendieron, y sabiendo
de Pedro la infame venta,
tambien lo llevaron preso.
Y en la cárcel del Obispo
sucedió al cura lo mismo,
y al quarto dia à Don Juan
lo echan libre, y prosiguiendo
en los autos de justicia,
al cabo de año y medio
de prision, dieron al cura
por castigo de su yerro,
que no celebrára misa,
ni espistola ni evangelio
cante, y en un hospital
está à los pobres sirviendo,
rodeado de miserias
para gatar su sustento,
y à los diez y nueve meses
se feneció aqueste pleyto,
porque Don Luis en Madrid
se indultó por tres mil pesos.
Con que quedó de esta muerte
libre, y sacaron à Pedro
de la cárcel por las calles,
saendieronle doscientos
azotes, y por diez años
despues, fue à bogar un remo.
Aquí pueden los amantes
tomar algun escarmiento,
y consideren, que amor
hace à los que aman ciegos,
y que por seguir el gusto,
caen antes en el despeño.
Y aquí Juan Perez suplica
à cuantos estan oyendo
aquesta trágica historia,
que le perdonen los yerros.

F I N.

*En Valencia: por la Hija de Agustin Laborda, en la Bolsería, núm. 18,
en donde se hallarán otros muchos, año 1822.*